

Santo Tomé, Grecco reúne lo inefable de Murillo y lo real de Velázquez. Aquella cabeza de San Agustín es un trasunto de la santidad y de la gloria: carne humana sublimada por la participación de la felicidad divina; la cara más apostólica, noble y radiante que acaso ha producido el pincel.

El cuadro pertenece á una particular, la señora condesa de Bornos. Bien sabe Dios que no se cuenta en el número de mis mayores defectos la envidia; sin embargo, como en el ser humano existe el germen de todo mal (y de todo bien), yo envidié diez minutos á la dueña de tal tesoro, pensando que podría mirarlo y gozarlo á solas, sin guías que chapurrean ridículos encomios, sin prisas, que impone la necesidad de no perder el tren de regreso.



UNA VISITA AL «SOLDADO VIEJO»

(CASA Y COLECCIONES DEL GENERAL NOGUÉS.)

LA lectura de un librito titulado: *Ropa vejeros, anticuarios y coleccionistas, por un soldado viejo, natural de Borja*, me había infundido deseo de ver de cerca al original soldado y registrar sus riquezas artísticas, que, á juzgar por la trastienda y habilidad que revelaba el libro, debían de ser muchas, buenas y contrastadas. El *soldado viejo*, tal cual se retrataba en el libro, parecía hombre franco y abierto, persona de varia y sustanciosa cultura, y á la vez malicioso y precavido anticuario, al cual no hay prendera ni chamarilera que le encaje gato por liebre, haciéndole comprar á muy alto precio monedas de reyes que no la acuñaron jamás.

Después de revisar las colecciones y de charlar con el coleccionista, declaro que no salió defraudada ninguna de mis esperanzas, y que pasé un rato delicioso en el piso tercero de la calle del Barquillo, donde el General Nogués ha reunido el fruto de largos años de revolver prendaderas y registrar rincones.

Es el General Nogués caballero de edad madura, bien conservado, que demuestra la poca mella que los años le hicieron con la persistencia de una de esas memorias que van escaseando ya: memoria siempre despierta, clara, puntual, lúcida, que archiva sucesos de la niñez y de la primer guerra civil, con la vívida frescura de las impresiones recientes. Lo útil que es para un coleccionista una memoria así, no necesito encarecerlo. Objetos hay que el General Nogués logró adquirir después de veinte ó más años de haberles echado el ojo, y sin volverlos á ver en ese intervalo, gracias á su memoria privilegiada, que conservaba fielmente la nota del sitio donde podía des-

enterrarlos, de entre polvo y telarañas, olvidados quizá por sus mismos poseedores.

Como hábil escenógrafo, el General empezó por enseñarnos lo menos importante de su hacienda. Hizonos entrar en el despacho, donde sobre ancha mesa se entretenía en recortar pacientemente, minutos antes de nuestra llegada, estampillas y timbres de documentos pertenecientes á la guerra civil: una colección que principiaba á juntar. Lo primero que vimos, á mano derecha, según entramos en la habitación, fueron dos retratos, destacados de la notable colección Carderera: los aficionados recordarán que son los de Lope de Vega y Antonio de Solís. El primero puede ostentar la mención honorífica que de él hace Menéndez y Pelayo en las notas á la biografía del Fénix español, escrita por D. Cayetano Alberto de La Barrera: «Á la serie de retratos mencionados por La Barrera, hay que añadir otro de indisputable autenticidad, que posee el inteligente coleccionista brigadier D. Ro-

mualdo Nogués, y que había pertenecido antes á la rica galería del Sr. Carderera. Este retrato, puesto generosamente por su actual poseedor á disposición de la Academia, encabezará uno de los volúmenes siguientes.» Con los dos retratos originales de Lope y Solís hacen juego dos buenas copias de las clásicas getas de Quevedo y Calderón.

Una ventana divide este lienzo de pared de otro en que, sobre angosta chimenea, —una chimenea de trabajador solitario, —se destaca lo que convinimos en llamar el *panneau* ó recuadro de la Independencia española. Todo es en él recuerdos y trofeos de la épica lucha que inició el siglo. Grabados contemporáneos que representan á las dos heroínas de Zaragoza, Agustina Aragón y la condesa de Bureta; caricaturas de Napoleón y Pepe Botellas; el retrato del intruso, hecho intencionalmente de perfil, á fin de que no pudiese verse que no era tuerto; una especie de apoteosis, en que los santos de la corte celestial, y sobre todo la

Virgen de los Desamparados, fulminan rayos para rechazar de Valencia al monarca usurpador; todo lo que, para el sentido moderno de la historia, es más elocuente y revelador mil veces que puede serlo un grave documento ó una monografía extensa y mazorril, se junta en ese recuadro, —que hubiera sido inestimable venero para el autor de los *Episodios nacionales*, —presidido por un hermoso bronce como de media vara de alto, reducción de la estatua de Fernando VII que fué derrocada en Barcelona por los años 35. Alzábase la estatua en el centro de un jardín, y por la actitud mandona del brazo y la energía con que la diestra señala al suelo, dijeron los catalanes, en excusa de haberla derribado, que el tirano les ordenaba «comer hierba».

En el despachito de Nogués también merece notarse, no por su mérito artístico, sino á título de curiosidad científica, una colección de cuadros antropológicos del siglo XVIII, que representan las diferentes mezclas de razas en Méjico des-

pués de la conquista, con las hibridaciones de cholos, mestizos, indios, negros, blancos, y hasta lo que hoy se conoce por caso de atavismo ó salto atrás y el pintor llama *torna atrás* y personifica en un infante negro como la pez, producto del cruzamiento de albina y blanco. Si el general Riva Palacio conociese esta colección inestimable para la etnografía de su país, tal vez la hubiese reproducido, en todo ó parte, en su obra monumental *México á través de los siglos*.

Del despacho pasamos al dormitorio del *soldado viejo*, habitación sencillísima, cuarto de muchacha soltera ó de estudiante por el mobiliario, de aragonés creyente por la *Pilarica* de plata que lo señorea, y de anticuario artista por los lienzos de mérito que enriquecen una de las paredes, mientras la otra enseña sin coquetería ni adornos su reluciente estucado. Hay una madona que desde luego creí de Sassoferrato, y que vela el sueño de un niño encantador, un niño que al parecer respira dulcemente y hasta trans-

pira, como suelen transpirar durante el sueño los mamones saciados de leche. Dos notables retratos nos presentan, el uno á San Francisco de Borja, cabeza transportada de fe, el otro á San Ignacio de Loyola, más viejo, más dulce, más resignado y más ungido de caridad que en las pinturas que le reproducen en su edad viril y primeros años de su vida de fundador, pinturas que ofrecen una expresión reconcentrada y sombría, una tensión de voluntad que casi asusta. Nogués asegura que su retrato del Santo vizcaíno es muy precioso y raro. Yo sé decir que nunca, ni en estampas, ni en lienzos, había visto un San Ignacio tan misericordioso.

En la misma pared descuella un primor de trabajo en bronce, una placa repujada y esmaltada de oro; la portada del Sagra-rio de las monjas Teresas.

Pasamos á un gabinete, ó más bien á un museo de la historia patria. En él guarda Nogués su famosa cajita, la que rondó diez y seis años antes de llegar á poseerla — constancia que envidiaría cualquier

enamorado.—Dejemos que el mismo rondador nos refiera este episodio: «Hay—dice—coleccionistas de cajas de rapé, desde que ha cesado el vicio asqueroso de tomarlo. Á uno de ellos le costó diez y seis años adquirir una, en cuya tapa se hallan incrustados en oro tres pedacitos de madera, y grabada la siguiente inscripción: Testimonio de hispánico valor.—Carlos III.—De la estacada de Gibraltar, en 30 de Septiembre de 1780. El poseedor de la caja, si recuerda la ignominia que cayó sobre España en 1704, repite: En Gibraltar oí silbar la jota á un mirlo de un zapatero. Hasta los pájaros protestan con aires españoles de que los ingleses ocupen el maldito Peñón.»

Esta caja, más perseguida y esperada que ningún dulce *st*, da la nota característica de las colecciones de Nogués. Son colecciones patriótico-aragonesas, y de historia patria, pues retratos, medallas, monedas, joyas, veneras, banderas y banderines, plata, cuadros, mármoles y bronce, todo es puro arte español, ó se re-

fiere á personajes españoles, y de los más famosos: Nogués no admite desconocidos en su museo.—Aragonesas he añadido á patrióticas, porque, según propia confesión, ó, mejor dicho, propia jactancia del anticuario, la *terquedad* es la musa inspiradora de esta poesía, que hace revivir ante nuestros ojos los días más gloriosos del pasado. Por *terquedad*, Nogués colecciona de cada objeto *trece*: si llegan á *catorce*, elimina, cambia ó vende el menos importante, y se queda siempre *en sus trece*, burlando la necia preocupación del vulgo, que atribuye fatídico influjo á la docena del fraile.—Por otra *terquedad* que ya explicaré, Nogués ha reunido su sorprendente colección de veneras inquisitoriales. Por *terquedad* se ha puesto á escribir cuentos de baturros y libros tan entretenidos como los *Ropavejeros*; y, finalmente, por *terquedad* es reaccionario, pues no acierta á perdonarle á la libertad cierto balazo que le dejó, como á Cervantes, reducido al uso de una mano sola, sin tener el consuelo de poder decir

que quedó manco en la más alta ocasión que vieron los siglos.

Volviendo adonde estábamos, es decir, al gabinete de Nogués, sépase que preside su chimenea un busto de Isabel II, esculpido, no en bronce como la estatua de su padre, sino en mármol, con muy delicado cincel. Quince ó diez y seis años, una cabeza gentil, suave, un escote juvenil y mórbido: ésta es en verdad la *inocente Isabel*, tan amada de sus vasallos; y el picante recuerdo histórico que con este busto se enlaza, es que fué regalado por la reinécita á D. Francisco Serrano Domínguez — el que había de arrebatársela su corona. — Sobre el busto se escalonan retratos, retratos, retratos, á cual más curiosos, de María Luisa, de Cristina, del duque de Rianzares, de Godoy, de eminencias políticas y artísticas contemporáneas: miniaturas, óleos, camafeos, hasta fotografías, amén de preciosos relojes y dijes. Nada digo de los grandes lienzos, retratos de reinas é infantas de las dinastías austriaca y borbónica, ni de

las lujosas banderas, que en la época de la Independencia bordaron blancas manos de monjitas para los batallones provinciales y compañías urbanas. Todo historia.

Mas ya Nogués, alzando la cortina carmesí recamada de oro, nos hace entrar en el salón, ó, como él dice, en el *ojo del boticario*. La primera impresión es, en efecto, deslumbrante: en la mesa del centro se agrupan *trece* magníficas jarras españolas, de maciza plata, sobredoradas, cinceladas, repujadas; jarras que recuerdan por su materia y forma las que aparecen pintadas en los cuadros que representan el festín de Baltasar ó en las cenas eucarísticas de los pintores venecianos. Á la izquierda, bajo el escaparate que resguarda las veneras resplandecientes de pedrería, una fila de *trece* bandejonas de plata, de los siglos *xvi*, *xvii* y *xviii*, primorosos por su hechura y martillado. Enfrente, *trece* campanillas también curiosas y lindas. Y por las paredes, más retratos históricos, alguno atribuido á Velázquez (yo no tengo competencia

para decidir si en efecto pasó por aquel lienzo el más soberano pincel del mundo).

De tanta variedad, lo que más fija mi atención son las veneras. Cuando apenas conocía ó recordaba yo al soldado viejo, y por casualidad me lo encontraba en las tiendas de antigualleros, registrando por aquí, husmeando por acullá, solfa preguntar: «Este señor, ¿qué recoge?» Y los chamarileros me respondían invariablemente: «Veneras de la Inquisición». ¿Por qué andaba á caza de veneras el infatigable coleccionista? No hay que preguntar: ya sabemos que el General es aragonés.—Así pensaba él en veneras, como yo en el Gran Turco, hasta que sucedió que otro aficionado de esta corte, el cual goza fama de atesorar preciosidades en porcelanas, vidrios, espadas y muebles, dijo un día desdeñosamente al soldado viejo, mostrándole media docena de las consabidas veneras: «Esto sí que no lo reúne V., aunque se empeñe». ¡Oídos borjanos que tal oyeron! Doce años hace que fué pronunciada la frase, el reto me-

por dicho, y ya se ostentan en la vidriera de Nogués *ciento seis* de esas joyitas que sobre cristal de roca, sobre esmalte verde, sobre oro, en diamantes, en colores, en mil combinaciones encantadoras, muestran siempre los emblemas del memorable Tribunal: la rama, la espada, la cruz. Nogués no está satisfecho todavía: no dormirá tranquilo hasta que reuna de veneras..., ¿cuánto? Ciento cincuenta y seis, ó sea.... *trece* docenas justas.

Otra maravilla de la colección Nogués son las medallas. Entre ellas hay dos, las predilectas de la joven duquesa de Alba, que ciertamente no tienen precio, por la absoluta perfección del troquel y del repaso: las que se acuñaron con motivo de las bodas de Felipe II y María Tudor, *the bloody Queen* de los protestantes. Son obra nada menos que de Jácome Trezo. Yo, sin embargo, prefiero la enérgica y soberbia medalla de Carlos V, que emula en su relieve al pincel de Ticiano, reproductor de los rasgos fisionómicos del César.

El monetario, clasificado con orden y rico en ejemplares españoles, me recordó el de otro coleccionista, otro *soldado viejo* citado por Nogués en su libro, persona muy querida, que ya es para mí un recuerdo de la niñez: mi tío el general de artillería D. Santiago Piñeiro, el eminente numismático. El monetario encierra una curiosidad especial, de cuyo interés nos informará el mismo dueño: «Cuando en 1868 se trató de variar el tipo de la moneda, al encargado de hacer el dibujo para representar á España le prestó un coleccionista el *áureo* de Adriano con el reverso *Hispania*. De él copió la matrona recostada sobre montañas con el ramo de olivo en la mano y el conejo á los pies. Olvidaron grabar el nombre de la nación á que pertenecía la moneda; después *lo enmendaron* y añadieron el peñón de Gibraltar. Por indicación del aficionado pusieron en el escudo las barras de Aragón y las cadenas de Navarra. Continúa el mismo, aumentado con las lises de los Borbones. En la confección de las nuevas

armas de la patria, al numismático que intervino, reaccionario por quijotismo, corresponde una partícula de la gloria de la *gloriosa*.» ¡Y quién le diría á Adriano que su *áureo* había de servir de modelo para los perros chicos y grandes!

No nos separamos del soldado viejo sin que nos obsequiase con mistela y exquisitos orejones aragoneses. Cualquiera adivinará si salí prendada y agradecida á mi primo el comandante Bermúdez de Castro, que me puso en relación con el señor Nogués. Veía un anticuario raro, que ama el arte en la historia, que sólo colecciona lo significativo, lo que tiene alma, y no es capaz de archivar las suelas de las botas de un héroe, materia vil, sino su retrato, sus banderas, sus armas; un coleccionista de firme voluntad, que ha sabido prescindir de la anarquía del bric-a-brac, llenando su casa, no de discordes baratijas, sino de objetos *sinfónicos*, que todos juntos elevan un canto donde hay fragmentos de romancero y melodías de alegre jota — épicas también.